

II. LA VENIDA DE CRISTO

En 1943 Oscar Cullmann sorprendió al mundo teológico europeo con un extenso artículo sobre “La vuelta de Cristo, esperanza de la Iglesia”.(1973:55-74). En esta ponencia, pronunciada para la asociación cristiana de estudiantes suizo-alemanes, Cullmann afirma que “la esperanza cristiana es esperanza en la vuelta del Señor” (p. 59) y concluye con gran énfasis:

La esperanza del NT no puede ser...otra que la esperanza de la vuelta del Señor, si el mensaje entero del NT...culmina en Cristo, Salvador de los seres humanos y del cosmos, principio, medio y fin de toda la historia de la salvación, desde la primera hasta la última creación...Y exactamente como en la primera acción decisiva de la cruz y de la resurrección, estos acontecimientos finales deberán suceder en la tierra (p.61).

Si la muerte y la resurrección de Cristo no suponen su cumplimiento en el futuro, dejan de ser el acontecimiento central del pasado, y el presente ya no se sitúa en este espacio comprendido entre el punto de partida y la plenitud escatológica (p.73).

Algunos años después Emil Brunner escribió un libro sobre la esperanza cristiana, publicado en español como La esperanza del hombre. En este trabajo escatológico el renombrado teólogo suizo afirma que la venida de Cristo no es apenas un tema entre otros sino el tema central de nuestra fe, que domina todos los demás temas.

Tan poco sentido como tiene el comienzo de un discurso si no llega al final, tan poco sentido tiene la fe si no llega a su fin en la plena realización, en el apocalipsis...La fe en Jesús sin espera de su parusía es un cheque que no se cobra nunca, una promesa sin seriedad. Una fe en Cristo sin espera de la parusía es como una escalera que no conduce a ninguna parte sino que termina en el vacío (1973:143).

Toda Iglesia que no tiene nada que enseñar sobre lo futuro-eterno, sencillamente no tiene nada que enseñar y está en bancarrota...La esperanza para la existencia humana es como el oxígeno para el pulmón (1973:11,13).

En 1966 Jürgen Moltmann publicó la primera edición de su obra clásica, Teología de la Esperanza. En un momento cuando los teólogos estaban muy ocupados con la llamada “teología de la muerte de Dios”, viene Moltmann a plantear todo un nuevo movimiento a partir de la resurrección y “el futuro del resucitado” (1969:113; cf. 265-291). Desde entonces las referencias a la venida de Cristo, que antes habían sido casi monopolio de los evangélicos conservadores (mayormente norteamericanos), han llegado a ser frecuentes. El Concilio Vaticano Segundo, por ejemplo, mencionó la parusía en varios pasajes, ubicando la misión de la iglesia en el intervalo entre las dos venidas de Cristo (“Ad Gentes”, #9).

ENSEÑANZA BÍBLICA:

1) De los muchos pasajes que aluden al regreso de Cristo, veamos primeramente **Hechos 1:1-11**, cuyo contexto es precisamente la misión de la iglesia. El Cristo resucitado ha venido apareciendo a sus discípulos, según San Lucas, dándoles un “curso posgraduado” en tres temas: teología del Reino (Hch 1:3; cf Lc 24:25-28,32; Mt 28:16-20), teología del Espíritu Santo (Hch 1:4s,8; cf Lc 24:48s), y misionología (Hch 1:8). Los discípulos, mirando atrás al reino de David, quieren que Cristo restaure el pasado nacional de Israel (1:6); pero Cristo les promete que recibirán el poder de lo alto para testificar a todas las naciones “hasta los fines de la tierra” (1:8). Lucas agrega que en el momento en que el Señor ascendió, dos “varones vestidos de blanco” terminaron el curso con “escatología”, dándoles aclaraciones sobre el retorno de quien en esos momentos volvía a la diestra de su Padre (Hch 1:11). Los discípulos también habían de ser testigos fieles “hasta el fin del tiempo”.

Después de renovar la comisión misionera, el Señor fue alzado hasta una nube, la cual “lo ocultó de su vista”(1:9 NIV). El papel de la nube es importante. Cristo no ascendió hasta los mismos cielos, sino hasta una nube en la que volvió a incorporarse (pero ya humano, con cuerpo resucitado) en la vida eterna de la trinidad. Parece que esa nube, más que una nube cualquiera metereológica, era la “nube de gloria”, la Shekiná de la majestad divina. Y el mismo Lucas dice que Cristo volverá “en una nube” (Lc 21:27; singular). Para Lucas, la nube que fue el punto de salida en la ascensión será el punto de retorno para su venida.

Todo el pasaje de Hechos 1:6-11 constituye un estudio fascinante de diferentes perspectivas. La pregunta de los discípulos en 1:6 muestra una mirada nostálgicamente retrospectiva: ¿Cuándo restaurará Cristo el reino perdido de Israel?. A eso Cristo responde que no les toca conocer el horario del plan divino sino, en el poder del Espíritu, ir hasta “lo último de la tierra” con las buenas nuevas. En lugar de mirar atrás, deben mirar alrededor con ojos misioneros. Dichas esas palabras, Jesús asciende a su Padre y los discípulos quedan “con los ojos puestos en el cielo” (1:11). A esa mirada “verticalista” se les exhorta más bien a mirar hacia el futuro, cuando el mismo Jesús volvería como lo estaban viendo ir al cielo (1:11). El pasaje enseña una perspectiva misionera (1:8) y escatológica (1:11): los discípulos, en el poder del Espíritu, han de ser testigos “hasta los confines de la tierra”, hasta que Cristo vuelva.

El pasaje deja fuera de toda duda que el regreso de Cristo será real, personal y visible: “este mismo Jesús así vendrá como lo habeís visto ir al cielo” (1:11). Igual que su resurrección fue real, corporal, tangible y visible, lo fue también su ascensión y lo será su regreso. El pasaje enseña también una perspectiva misionera (1:8) y escatológica (1:11). Entre la ascensión y la parusía, los discípulos del Señor han de ocuparse en la tarea misionera global. Por eso la venida de Cristo figura también prominentemente en los sermones evangelísticos de los Hechos (3:19-21; 10:42).

2) En **1 Tesalonicenses 4** el contexto pastoral es decisivo para la descripción de la venida de Cristo. Cada pasaje bíblico tiene su problema y su temática, y este pasaje muy importante hay que entenderlo en el contexto de los funerales. Esta epístola es casi seguramente el primer escrito del Nuevo Testamento, quizás del 51 d.C. (mucho antes del

primer evangelio). Naturalmente, faltaba madurez y claridad en la fe de los tesalonicenses. Pablo había predicado entre ellos la vida eterna y había anunciado la venida de Cristo, con la expectativa de que sería pronto. Pablo se fue, pasaron los meses, y morían las hermanas y los hermanos. Eso fue un problema grande para ellos; cada funeral fue una crisis de fe. ¿Cómo relacionar la vida eterna con la muerte de esos creyentes? Tal vez lo entendían teóricamente, pero no lo entendían emocionalmente. Y más difícil era el problema de la esperada parusía: éhos que han muerto. ¿perderán la alegría de encontrarse con Cristo en su venida? Ese era el problema que angustiaba a la congregación de los tesalonicenses. Hay que tomar eso muy en cuenta al interpretar el pasaje.

Al problema de ellos Pablo responde que “nosotros que vivimos...no precederemos a los que durmieron. Porque...los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos... seremos arrebatados juntamente con ellos...” (4:15ss). La clave a la respuesta está en la secuencia de los sucesos: ellos primero, no nosotros; luego nosotros que vivimos; después arrebatados juntos, y juntos para siempre con el Señor.

Una primera enseñanza de este pasaje es la simultaneidad de las tres fases de la parusía. La venida gloriosa de Cristo, la resurrección de los fieles muertos, y nuestro encuentro con él en las nubes, constituyen un solo evento en tres pasos. Eso es muy importante, porque todo el argumento de Pablo dependía de la secuencia inmediata de los tres aspectos. A la luz de esa simultaneidad, es decisivo el hecho de que ni el discurso apocalíptico de Jesús (Mt 24) ni el Apocalipsis señalan ninguna venida de Cristo ni ninguna resurrección de creyentes sino hasta después de la última tribulación, y la “primera resurrección” de Apocalipsis 20:4-6 incluye las víctimas de la bestia, por lo que tampoco podría ser antes de la tribulación. Ningún pasaje bíblico ubica ninguno de los tres aspectos de 1 Tesalonicenses 4:17 antes de la tribulación.

Debe notarse que este pasaje nada tiene que ver con la gran tribulación, ni con el “rapto” como escape de ella. El problema era más bien la muerte de creyentes. La respuesta de Pablo es la prioridad preferencial de los creyentes ya muertos, y en esa respuesta, como un momento secundario, Pablo agrega que juntos, los muertos y los vivos, seremos ascendidos a la nube para “nuestra reunión con él” (cf. 2 Ts 2:1). La referencia pasajera al “rapto” es un aspecto secundario de esta respuesta. Pero el pasaje no hace la más mínima referencia a la gran tribulación, ni tampoco dice nada de ir de la nube (“el aire”) al cielo, ni de estar siete años en el cielo.

Pero además del silencio del pasaje sobre una ida de la nube al cielo, el texto da otra clave muy importante que se pierde en la traducción. La palabra “encuentro” aquí es clave: “estaremos arrebatados al encuentro (apantesis) con el Señor” (4:17). Esa expresión se usaba como término técnico para un aspecto importante de cualquier parousia (4:15; venida gloriosa, entrada triunfal). Cuando un emperador o un general victorioso llegaba, por ejemplo a Éfeso, sus partidarios le salían al encuentro para unirse, como escolta o cortejo, a la procesión y entrar con él a la ciudad (Bruce 1977:859). Eso se llamaba “salir al encuentro” (Mt 25:6; Hch 28:15). Es tan inconcebible que la parousia se interrumpiera después del encuentro (apantesis) como que el Emperador llegara al puerto de Efeso pero después del “encuentro” con los que habían salido a unirse con él, abandonara su parousia y

llevara a sus adeptos de regreso a Roma en vez de entrar a la ciudad por la avenida de mármol que tenían para su recepción majestuosa.

En su parousia Cristo vendrá a la tierra, no sólo hasta las nubes, en el aire. Su “viaje” es “de una vía”, por decirlo así, pero el nuestro, para nuestra apantesis con él, será “un viaje de idea y vuelta” para venir con él desde la nube a la tierra. La idea de que nosotros irímos con él desde la nube al cielo, como si Cristo hiciera un “viaje de ida y vuelta”(cielo-nube-cielo), no sólo está totalmente ausente del pasaje sino queda excluida por el sentido natural de su “venida” y nuestro “encuentro con él” para acompañarle a la tierra.

Con todo, lo énfatico y claro es que Cristo volverá a esta tierra. “El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán....” En términos muy parecidos describe 1 Corintios 15 la resurrección de los creyentes en la venida de Cristo (15:23): “en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados”. Cristo volverá personalmente en poder y gloria, y los muertos resucitarán, igual que en 1 Tesalonicenses 4.

3) En **Mateo 24** (Mr 13; Lc 21) el contexto es muy distinto a los dos pasajes anteriores. Aquí se trata de la crisis de la ciudad de Jerusalén. Según los tres evangelios sinópticos, los discípulos, viendo el templo y preocupados por las señales de que Jerusalén va a rechazar a su Mesías, preguntan qué va a pasar con aquel grandioso edificio. Parece que ellos, como también Jesús, percibían el kairós escatológico que venía sobre el pueblo y la ciudad (cf. Lc 13:34;19:44; Mt 23:37). Según Marcos y Lucas los discípulos le preguntan a Jesús cuándo sería la destrucción del templo y cuál señal avisaría que la ciudad estaba por ser destruída. Pero en Mateo 24:3 los discípulos preguntan más bien en cuanto a “la señal de tu venida y del fin del siglo”. Las tres versiones del discurso, sin embargo, culminan con la venida del Hijo del hombre “con poder y gran gloria” (Mt 24:29s; Mr 13:24s; Lc 21:25ss).

Es importante observar que en todos los evangelios sinópticos la venida de Cristo ocurre después de la gran tribulación, cuando todas las tribulaciones habidas y por haber ya se habrán realizado (Mt 24:29). Sólo entonces vendrá el Hijo del hombre. Aquí no hay ninguna venida de Cristo ni “rapto” de la iglesia antes del final de la tribulación (ni en otros pasajes del NT tampoco). No está de más señalar también que en este discurso de Jesús no aparece la resurrección por ningún lado, porque no tenía nada que ver con el futuro de la ciudad de Jerusalén. Ningún autor bíblico trata de hacer un sistema completo de las profecías predictivas ni darnos una cronología, un dibujito esquemático para ubicar todo en su lugar. Simplemente no se les ocurrió tal manera de pensar.

Mateo y Marcos (Mt 24:15; Mr 13:14) anuncian “la abominación de la desolación” de que habló Daniel (Dn 9:27; 11:31; 12:11). En su contexto original, la frase de Daniel alude al abominable sacrilegio cometido por Antíoco Epífanés cuando sacrificó un cerdo sobre el altar del templo judío (Josefo Ant 12.5.4). Ahora Jesús anuncia otra abominación blasfema, que cometerá el general romano Tito en 70 d.C. al introducir estatuas idólatras en el lugar santísimo. Por una coincidencia histórica, ambos ataques a Jerusalén (de Antíoco y de Tito)

duraron aproximadamente tres años y medio, lo cual aclara el uso de esta periodización en el Apocalipsis. Juan de Patmos, sin emplear los mismos términos, vió el mismo sacrilicio blasfemo en el culto al emperador romano (Ap 13:3-6). También de 2 Tesalonicenses 2:4 entendemos que la misma “abominación” caracterizará la actuación del último anticristo al final de los tiempos.

En este pasaje también Cristo viene con gloria y poder, aunque su venida se describe en términos algo distintos a los textos anteriormente analizados. Estos versículos, que no parecen contemplar ningún intervalo entre la caída de Jerusalén y la parusía, comienzan con la descripción de convulsiones cósmicas (Mt 24:28; Mr 13:24 cf. Lc 21:25). Eso responde a la pregunta de los discípulos, como la formula Mateo, por “la señal de tu venida y del fin del siglo” (Mt 24:3). Pero Cristo no les ofrece ninguna “señal” antes de su misma venida, excepto las señales falsas de los seudomesías (24:24). Los terremotos, guerras y hambrunas que menciona Jesús no anuncian su venida, pues con ellos “aún no es el fin” (24:6,8,14); esos fenómenos no son la “señal” que ofrecía mucha literatura apocalíptica y que pedían los discípulos. Aquí, igual que en Mateo 16:1-4, Cristo se niega a darles ninguna señal que no sea su propia persona y su misma venida.

Por la misma razón la venida de Cristo se describe aquí como “la señal del Hijo del hombre” (Mt 24:30; la frase no aparece en los paralelos de Marcos y Lucas). Aquí también la “señal” es Cristo mismo en su parusía, no algún fenómeno aparte de su persona y el hecho de su venida. Por eso Mateo, junto con Marcos y Lucas, afirma que “verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria”. Igual que en los pasajes anteriores, la venida de Cristo es personal, visible, gloriosa y victoriosa. Y esa misma venida es la única “señal” que hemos de estar esperando.

Este discurso, que comenzó con el problema del futuro de Jerusalén, termina con la promesa divina de reunir a todo el pueblo de Dios cuando vuelva el Señor (Mt 24:31; Mr 13:27). Se basa en el lenguaje clásicos de los antiguos profetas hebreos que prometían el regreso del cautiverio a Palestina. No debe confundirse ni con el rapto (no tiene nada de “vertical”, hacia arriba) ni con la formación del moderno estado israelí (es realizado por ángeles, cuando Cristo vuelva después de la gran tribulación). Significa la unidad total del pueblo de Dios, probablemente en la Nueva Jerusalén (Ap 21s).

4) El libro del **Apocalipsis**, desde el primer capítulo, anuncia la pronta venida de Cristo (1:1,3,7). Sin embargo, las referencias explícitas a la venida de Cristo (empleando el verbo erjomai) aparecen exclusivamente en los capítulos 1-3 (que son, en efecto, un prólogo) y en el capítulo 22 (el epílogo). Analizándolos con cuidado, encontramos que estos pasajes usan el verbo “venir” en dos sentidos distintos. Textos como 1:7 y 22:7, 12, 17, 20 se refieren a la venida de Cristo al final de la historia. Pero dentro de los siete mensajes (Ap 2-3) la mayoría de las veces el verbo “vengo” no parece referirse a la venida final, pues se presenta como condicional, dependiente de lo que hagan los cristianos de cada congregación. La “segunda venida” del Señor no depende del arrepentimiento de los cristianos de Efeso (2:5), de Pérgamo (2:16), o de Sardis (3:3). En esos textos, el “vengo pronto” se refiere claramente a “visitaciones” del Señor a una congregación específica, en juicio o en bendición, y no a la “segunda venida”.

Más discutido es el sentido de la misma frase en Apocalipsis 3:11. Buenos argumentos podrían sugerir que la “hora de prueba” de 3:10 sea la gran tribulación escatológica, y entonces la venida de 3:11 sería el regreso definitivo del Señor. Pero mejores argumentos exegéticos indican que esta protección está prometida específicamente a la congregación de Filadelfia, durante el tiempo que ella exista. Cuando Jesús habla a las siete congregaciones (Ap 2-3), bajo las circunstancias de opresión y amenaza en que vivían, la descripción de cada congregación es específica a esa comunidad, como son también las admoniciones y promesas en cada caso. Nada nos autoriza proyectar a la iglesia universal al final de los tiempos esta promesa concreta y contextual a Filadelfia. Por eso es más probable que el “vengo pronto” de 3:11 se refiera a una particular “visitación” de Jesús (en este caso, a Filadelfia), igual que en 2:5,16 y 3:11, y no a la parusía final. En ese caso, “la hora de tentación”, (peirasmós, 3:10) tampoco sería la gran tribulación final (thlipsis en griego). Es evidente que este “vengo pronto” no se refiere a la segunda venida de Cristo sino a una visitación, igual que en los pasajes paralelos de Apocalipsis 2-3.

Este texto (3:8-10) se construye a base de un juego de palabras. “Aunque tienes poca fuerza”, dice Jesús a esta congregación, “has guardado mi palabra” (3:8, etérēsas). Por eso, “ya que has guardado (etérēsas) mi palabra de fidelidad tenaz, yo también te guardaré (tērēsō) de la hora de prueba que vendrá sobre el mundo entero para probar a los habitantes de la tierra” (3:10). Como ellos habían guardado la palabra, Cristo, en un sentido paralelo, les guardará a ellos de la hora de la prueba. El texto no habla de quitar, ni mucho menos raptar, sino de guardarles de la prueba.

En el Apocalipsis la venida definitiva de Cristo se realiza por primera y única vez cuando desciende con los ejércitos celestiales para la gran batalla escatológica que conocemos como Armagedón (19:11-21; cf. 14:20; 16:16-21). Este contexto es distinto a los pasajes anteriores (Hch 1; 1Ts 4; Mt 24), pues tiene que ver ahora con la victoria final del Cordero sobre la bestia. La historia del dragón, que comenzó en Apocalipsis 12-13 y siguió en capítulo 17, ahora terminará con la derrota total de todos los enemigos del Cordero y su pueblo (17:16; 19:20s; 20:10,14). Aquí, como también en Mateo 24:29s y 2 Tesalonicenses 2:1-12, la venida de Cristo ocurre después de la tribulación, inmediatamente antes de Armagedón, el reino milenario y la condena final del dragón con todo su nefasto equipo.

Igual que 1 Tesalonicenses 4, este texto coordina la venida de Cristo y la resurrección de los creyentes. Es probable que “los ejércitos celestiales” que lo acompañarán a la batalla (19:14) incluyan a los santos resucitados (17.14; Col 3:3s) junto con los ángeles (Mt 24:31; Mr 8:38). Es muy discutido si el Armagedón debe entenderse como una confrontación en algún sentido literal (los buitres comen cadáveres, 19:18,21) o simbólico (Cristo los mata por la espada de su boca 19:15,21). En cualquier caso, es la batalla más desigual de toda la historia. Un ejercito de inmortales (ángeles, santos resucitados) está capitaneado por el Señor resucitado. El otro bando, mortales todos, está comandado por un dragón y una bestia a los que nada les sale bien nunca.

Juan deja la mención específica de la resurrección hasta 20:4-6, sin duda porque quiso describir primero el Armagedón (asociado con el regreso del Señor del cielo) y después el reino milenario, inaugurado por la resurrección de los mártires. De lo que no queda duda es que aquí la venida de Cristo y la primera resurrección (que según 1 Tesalonicenses 4:16s

están sincronizadas con el arrebato) se presentan después de la tribulación. Es más, de la primera resurrección los que se mencionan específicamente son las víctimas decapitadas por la bestia (20:4). Juan destaca la victoria de ellos, porque quiere animar a todos los creyentes a ser fieles hasta la muerte. Sin embargo, de 20:6 es evidente que esta resurrección incluye a todos los creyentes, puesto que de otro modo los creyentes no-mártires estarían sujetos a la segunda muerte. Puesto que ésta es “la primera resurrección” (20:5s), y de hecho no aparece otra antes en el libro, sería muy ilusorio pretender decir que esta resurrección y, por eso, el “rapto”, ocurriría antes de la gran tribulación.

En resumen: de los pasajes que hemos analizado, Hechos 1 plantea la venida de Cristo en el paralelo con su ascensión y en el contexto de la misión (Hch 1:8-11). El mensaje de esperanza enviado a los tesalonicenses ofrece la parusía, la resurrección de los fieles y nuestro encuentro con Cristo en el aire como respuesta esperanzadora a sus angustias por los creyentes que habían muerto (1Ts 4:13-18). En su sermón apocalíptico, Jesús introduce el tema de su venida en el contexto del futuro de la ciudad de Jerusalén (Mt 24). Y Juan de Patmos describe la venida victoriosa del Verbo de Dios como desenlace final del conflicto entre el Cordero y el dragón. En cada caso, el contexto es definitivo para la interpretación del pasaje correspondiente. Ninguno de los pasajes lo relaciona de ninguna manera con algún “escape” al inicio de la gran tribulación.

EL SIGNIFICADO TEOLÓGICO:

CRISTO TIENE COSAS QUE HACER EN LA TIERRA

Recordemos aquí que el Nuevo Testamento nos exhorta a estar preparados para dar el logos de nuestra esperanza (1 P 3:15). Ese imperativo presupone que las profecías bíblicas, como en este caso la venida de Cristo, tienen un sentido lógico y teológico, un porqué y un para qué. Cristo vendrá de nuevo, no simplemente porque “la Biblia lo dice” (aunque eso sea cierto), sino porque le quedan importantes tareas en esta misma tierra donde una vez vivió, murió y resucitó. Si no fuera así, no tendría por qué volver, pues Dios nunca actúa sin sentido.

La tierra siempre ha sido central en el actuar de Dios. Apenas crea a Adán le prepara una finca, para que no sea “Adán sin tierra”. La base del pacto que Dios hizo con Abraham fue la promesa de una tierra propia para su descendencia. El castigo para el pecado de Israel fue la pérdida de su tierra, y la promesa de los profetas destacaba su recuperación. Para salvarnos, Jesucristo vino a esta tierra, y para culminar su obra, volverá otra vez. Y al final, habrá nuevos cielos y nueva tierra. El regreso de Cristo a nuestro planeta es una prueba clara de la importancia de la tierra en los planes de Dios.

El esquema general para la mayoría de los cristianos, y de los evangélicos en particular, es que se acepta a Cristo y se va al cielo. Pero el esquema bíblico tiene otra dirección: Cristo vuelve a la tierra. Para que los cristianos vayan al cielo, no es necesario que Cristo vuelva aquí. Al morir los creyentes están en presencia de Cristo, sin que él tenga que volver a este planeta. Bien podría ocurrir igual después de la resurrección del cuerpo. Podríamos ascender, con cuerpo resucitado, a la patria celestial y Cristo no tendría que volver a la tierra. Entonces, ¿cuál es la razón y la lógica del retorno de Jesús a este mundo?

Una manera muy sencilla de enfocar el propósito y la lógica de la venida de Cristo será enumerar las razones de su regreso que da el mismo Nuevo Testamento. Encontramos seis objetivos de la venida de Cristo, que son el sentido teológico de su parusía. Su regreso no es un espectáculo sin sentido, sino una acción con claros propósitos y una racionalidad totalmente coherente con toda la enseñanza bíblica y toda la historia de la salvación.

1) **Cristo viene a reinar**; su venida es la venida de su reino (Lc 23:42, “cuando vengas en tu reino”; cf. 1:33; 19:14,27). Su venida gloriosa será su manifestación (epifanía) como “único y bendito Soberano, Rey de reyes y Señor de señores” (1 Tm 6:14-16). El Cordero ha vencido y es el Señor de la historia, digno de abrir los sellos del libro (Ap 5:5-7). Cristo ha resucitado y “es necesario que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies...cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia”(1 Co 15:24s).

En su venida, Cristo nos hará también a nosotros reinar con él (2 Tm 2:12; Ap 2:26s; 3:21). Los redimidos “reinarán sobre la tierra” (Ap 5:10). Lo mismo confirma Ap 20:6 cuando asevera que los fieles resucitados “serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años”. Según 22:5 los fieles “reinarán por los siglos de los siglos”.

El vino la primera vez a traer el reino. Cuando volvió al Padre, el reino ya había venido entre nosotros por medio de su vida, muerte y resurrección. Vino humilde, doliente y aparentemente débil, como Siervo Sufriente. Su segunda venida llevará a la culminación final lo que inauguró con su primera venida. Vino a reinar la primera vez, pero desde una cruz. Ahora vendrá como Rey de Reyes y Señor de señores (Ap 19:11-16) para reinar en majestad y gloria. Entonces se cantará que “el reino del mundo ha pasado a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos” (Ap 11:15).

Ahora, la pregunta importante es ¿cómo anda nuestra teología del reino? El reino es el mensaje central de la primera venida de Cristo y el secreto del sentido de su misión, según los evangelios sinópticos. Él nos exhorta a “buscar primeramente el reino de Dios y su justicia” (Mt 6:33) y a orar para que el reino venga en que se haga la voluntad de Dios en nuestros países (Mt 6:10).

Pero muchas veces lo que fue el mensaje central de Jesús es el mensaje olvidado de su iglesia. Por eso no sabemos qué hacer con su venida, porque no tenemos una teología del reino. Entonces, para llenar ese vacío, echamos mano del rapto como propósito de la venida (“él viene a levantar a su iglesia”, dice un corito). Con eso le damos a la parusía un sentido que nunca tiene en las escrituras. Así cambiamos la enseñanza bíblica de que él viene para estar aquí y reinar en la tierra por una especulación de que viene para sacarnos a nosotros de la tierra. Pero su venida no será “Operación Rescate” sino “Operación Reinado”, el toma de poder por el Rey de reyes.

2) En segundo lugar, **Cristo viene a triunfar**, viene a vencer. Según. 2 Tesalonicenses 2:7-8, el pasaje más importante sobre un anticristo personal, Cristo va a destruir al “hombre inicuo...con el esplendor de su venida” (NIV; Gr “con la epifanía de su parousia”). Su venida va a ser la derrota definitiva de los enemigos de su reino, como vimos también en 1 Corintios 15:24-25. En el Apocalipsis, la primera y única venida futura de Cristo es para

hacer la batalla contra todas las fuerzas de maldad y derrotarlas para siempre (19:11-21). Cuando el dragón, después del reino milenial, intenta encabezar otro asalto contra el reino del Señor, sus fuerzas son destruidas por relámpagos y no se realiza ninguna guerra (20:9s).

3) Tercero: **Cristo viene a juzgar**, viene como Juez (Mt 25:31, la parábola de las ovejas y cabritos). Al volver, Cristo juzgará a las naciones. El viene a iniciar un proceso de juicio ético definitivo. Tesalonicenses es especialmente claro en relacionar el juicio de los impíos con su venida. (2 Ts 1:7ss; cf. 2 Tm 4:1). Según Hechos 17:31 Dios ha establecido “un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos”.

Y aquí también Cristo nos permite a nosotros juzgar con él. 1 Corintios 6:2-3 afirma que “los santos han de juzgar al mundo”.y a los ángeles. También según Apocalipsis 20:4 los fieles juzgarán juntamente con él. Cristo comparte su poder y nos deja participar con él también en el juicio.

4) En cuarto lugar, **Cristo viene a resucitar a los creyentes** muertos y transformar a los que viven en la hora de su venida. Su venida traerá plenitud de vida (1 Ts 4:16s; 1 Co 15:52). “Al son de la trompeta” los muertos vivirán y todos seremos hechos “semejantes al cuerpo de la gloria suya” (Fil 3:21). Le veremos y seremos como él (1 Jn 3:3) y Cristo será glorificado y admirado en sus santos (2 Ts 1:10). Su venida será el triunfo final sobre la muerte y el pecado.

5) Quinto, **Cristo viene a reunirse con nosotros** y a reunirnos a nosotros con él para siempre. Esta es la gran reunión de toda la familia del Señor. Seremos arrebatados al encuentro con él (apantesis) y “así estaremos siempre con el Señor (1 Ts 4:17). En 2 Tesalonicenses 2:1 Pablo habla de “la venida (parousia) de nuestro Señor Jesucristo y nuestra reunión (episunagôgê, cf. sinagoga) con él”. En Juan 13-14 Jesús anuncia su muerte pero, en ese contexto de separación, promete regresar para estar con los suyos, “para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Jn 14:3). Cristo vuelve porque quiere estar con nosotros; nosotros esperamos su venida, porque queremos estar con él, “que sin haberlo visto, amamos” (1 P 1:8). Lamentablemente, en mucha escatología raptocéntrica, el encuentro amoroso con Cristo pasa a un segundo plano o desaparece.

Los cristianos no esperamos a “algo” sino a “Alguien”. Para nosotros el futuro tiene nombre, y se llama Jesús.

6) Finalmente (¡que agenda más impresionante que trae nuestro Señor!) **Cristo viene a culminar la historia**_humana y cósmica. El es el punto omega de toda la historia, como decía Teilhard de Chardin. Según Efesios 1:10 “el propósito de Dios es de reunir todas las cosas en Cristo”. La frase “todas las cosas” (ta panta, neutro plural) era una de las formas de decir el universo en griego. No tenían la palabra “universo” (que con sólo oirla se nota que es latín). En griego el neutro plural de “todo” (que no tiene equivalente en castellano) solía significar el universo, junto con el otro término, kosmos.

El verbo “reunir” aquí significa “recapitular”, encabezar todo, juntar todo en su pleno sentido, resumir todo en una síntesis final. La venida de Cristo va a culminar en su significado definitivo todo lo que ha sido el mundo y la historia. En la venida de Cristo, Dios va a recapitular todo en la persona de él. Él será Omega como ha sido Alfa. Otro pasaje con un sentido parecido es Hechos 3:19-20, después de la curación del cojo:

Así que arrepentíos y convertíos...para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio y el envía a Jesucristo...a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.

Éstas son frases de plenitud. La historia que Dios ha iniciado con la creación, en cuyo centro Dios puso a su propio Hijo, no va a terminar en un colosal fracaso. El pecado es un fracaso, pero no la creación ni la historia. Bajo Cristo la historia va a realizarse en plenitud, con ese refrigerio y esa restauración de todas las cosas que nos promete la palabra de Dios.

De este análisis queda evidente que la venida de nuestro Señor está cargada del más profundo y hermoso significado. ¡Que diferente de los conceptos raptistas que circulan en muchas iglesias!

SIGNIFICADO DE LA VENIDA DE CRISTO PARA LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Hay una relación inseparable entre nuestra escatología y nuestra manera de entender la misión de la iglesia. A como anda la escatología, así va a andar la misionología. Una escatología exclusivamente individualista, concentrada únicamente en salvar almas del infierno, producirá las formas de misión que corresponden a esa visión del futuro. Una escatología raptocéntrica, amenazando a los inconversos con los terrores de la gran tribulación y ofreciéndoles una oferta de escape, evangelizará en maneras que corresponden a esa visión y a ese objetivo en la misión. Sólo una escatología sólidamente bíblica podrá inspirar una misión fiel y sana conforme a la voluntad de Dios.

La enseñanza bíblica de la venida de Cristo tiene profundas implicancias para nuestra misión como pueblo de Dios. Veamos:

1) En primer lugar, la venida de Cristo significa que nuestra misión tiene que ser decididamente **cristocéntrica**. La iglesia va hacia el encuentro con su Señor. Es a él a quien esperamos, es a él a quien amamos. Todo nuestro futuro y nuestra esperanza llevan su nombre. Aunque parezca obvio, muchas veces y en muchas maneras centramos nuestra misión en cualquier otra cosa menos la persona de nuestro Señor. Los cristianos esperamos

a Alguien, no a algo, y ese Alguien es aquel a quien sin haberlo visto, amamos. Y porque esperamos verlo también, amamos su venida (2 Tm 4.8).

La tentación más común parece ser la de una evangelización eclesiocéntrica, que trabaja arduamente por el éxito y el crecimiento de su propia denominación o movimiento pero en ese saludable afán pone a la institución encima de la misma persona de Jesús y del amor al prójimo. La iglesia y la institución no son más que instrumentos para la misión; no son el centro ni la meta de la misión. Mucho “denominacionalismo” cae en el error de priorizar a su propia agrupación en competencia no sólo con otras denominaciones sino, mucho peor, con la prioridad y centralidad de la persona de Cristo. El objetivo primordial de la misión no es el crecimiento y el éxito de nuestra propia denominación, sino que cuántas personas que sea posible conozcan personalmente al Señor y esperan su venida junto con nosotros.

Otra desviación escatológica con funestas consecuencias es la orientación raptocéntrica de la evangelización, o “bestiacéntrica” o “tribulacioncéntrica”. **Esta excentricidad escatológica cae en una fatal combinación de terrorismo apocalíptico y gracia barata.** Olvidándose del Cordero que fue inmolado para salvarnos, amenaza a los inconversos con las peores torturas y ofrece un Cristo Salvador fácil de los terrores por venir pero no el Señor de señores que exige discipulado radical. Tal mensaje no podría estar más alejado, en todos sus aspectos, del mensaje de la Biblia y especialmente del libro del Apocalipsis.

En el fondo, todas estas desviaciones terminan siendo egocéntricas en vez de Cristocéntricas. ¡Qué egocéntrica es a veces nuestra proclamación! Mucha evangelización se limita a la oferta de dos “gangas” por una simple profesión de fe: escaparse de la gran tribulación y escaparse del infierno. Nos atraen la satisfacción de ver prosperar nuestro propio proyecto o nuestra propia denominación, la cómoda seguridad de escaparnos de la gran tribulación y después del infierno, la agradable esperanza de gozar para siempre de los deleites celestiales, y por feria las tentadoras ofertas del evangelio de la prosperidad. Lo trágico es que cuando eso no pasa de ser un simple egoísmo escatológico, y no un verdadero discipulado costoso, esas personas pueden estar engañados y quizá nunca cobrarán las “gangas” por las que creían aceptar a Cristo (Mt 7:21-23).

La enseñanza bíblica de la venida personal de nuestro Señor debe inscribir como rúbrica sobre nuestra evangelización el conocido poema atribuido a Santa Teresa de Ávila:

No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
[¡ni tampoco los terrores de la gran tribulación!] para dejar por eso de ofenderte.
Tu me mueves, Señor,

muévame el verte clavado en una cruz

y escarnecido...

[y muévame anticipar tu venida

y ver por fe tu reino venidero]

2) La perspectiva de la venida de Cristo implica también la inserción de la misión en la visión panorámica de la **historia de la salvación**. El retorno de Jesús no es un fenómeno sensacional aislado sino la culminación lógica y coherente de toda la historia de redención desde Génesis hasta el Apocalipsis. Como bien señala Oscar Cullmann (1973:56ss), siempre que se desconecta una verdad bíblica (aun una verdad tan central y fundamental como la venida de Cristo), se mueve hacia la herejía. Ni la venida de Cristo debe aislarse de toda la historia de la salvación, ni esa historia debe interpretarse aparte de esa venida, porque “**la historia total de la salvación está orientada hacia Cristo...la historia de la salvación es, pues, exactamente la historia de Cristo**”(p. 59).

Es impresionante como el Apocalipsis, sin haberlo propuesto Juan, amarra todos los hilos temáticos de la Biblia entera. Si la primera página de Génesis comienza con la creación de cielo y tierra, la última página del Apocalipsis termina con nuevos cielos y nueva tierra. Si Adán y Eva por su desobediencia perdieron el acceso al árbol de la vida, en la nueva Jerusalén comeremos con abundancia y rica variedad los frutos del mismo árbol (Ap 22:2). Si Dios promete a Abraham la bendición de su pacto frente a la historia de maldición desde Caín hasta Babel, el último libro promete que no habrá más maldición (22:3) sino plena bendición para todas las naciones y pueblos. Las plagas de Egipto reaparecen en las trompetas y las copas de Ap.8s y 16, pero los redimidos entonan el cántico de Moisés y el Cordero (15:3). La escatología, y especialmente la venida de Cristo, no pueden entenderse fuera del contexto global de la historia de la salvación.

En su segunda venida Cristo cumplirá a cabalidad lo que inició en su primera venida. En el intervalo entre la ascensión y la parusía Cristo nos encomienda la tarea evangelizadora en el poder del Espíritu (Hch 1:7). La misión es el sentido de esta época de gracia (Mt 24:14); es nuestra tarea primordial a la que hemos de dedicar nuestros mayores esfuerzos.

3) En esa perspectiva, la expectación de la venida de Cristo nos acuerda constantemente de la **urgencia de nuestra tarea misionera**. Los días están contados; la noche viene, cuando nadie puede seguir trabajando (Jn 9:4). Cuando un emperador iba a visitar alguna ciudad del imperio, los preparativos tomaron una absoluta prioridad y el pueblo dedicaba todos sus esfuerzos a esas labores. Un antiguo papiro dice: “Trabajemos noche y día porque la parousia del emperador está cerca” (Ewert 1987:88). ¡Cuánto más hemos de trabajar por Cristo antes de su venida!

4) La venida de Cristo significa también **misión integral**. Como hemos argumentado arriba, si el propósito del evangelio fuera únicamente salvar almas para que vayan al cielo, como muchas veces se predica, entonces, ¿para qué tendría que volver Jesús a esta tierra? ¿para qué entonces la resurrección del cuerpo? El alma podría ir al cielo sin nada de eso.

No tiene ningún sentido la venida corporal de Cristo a esta tierra si el objetivo del evangelio es meramente salvar las almas. Pero Cristo viene, porque el evangelio es todo un proyecto para la humanidad y para la historia. Por eso nuestra misión debe ser integral, no sólo y meramente espiritual. La segunda venida es una refutación contundente de cualquier evangelismo equivocadamente espiritualista y personalista.

Dios tiene su agenda para la humanidad, su agenda para la tierra, su agenda para la sociedad, su agenda para la historia. Y Cristo viene a cumplir esa agenda. Por eso su venida tiene sentido. Y por eso nuestra misión debe ser integral en su amplitud e integral en su autenticidad. Eso también es integridad. Un evangelio egocéntrico (hasta dos veces egocéntrico, con la oferta barata de escapar tanto de la gran tribulación como del infierno), sin las exigencias del discipulado radical y costoso que predicaba Cristo y sin el mensaje del reino de Dios, es una traición de la gran comisión (“haced discípulos...enseñandoles que guarden todas las cosas que os he mandado”, Mt 28.20).

5). Significa también que nuestra misión tiene que ser **misión en servicio del reino**. El sentido de la venida de Cristo es su reino. A reinar viene, y reinaremos con él. Por eso la misión tiene que ser misión del reino. Él vino anunciando el reino; Hechos termina con el texto: “Pablo proclamaba el evangelio del reino”. El teólogo holandés Abraham Kuyper, en su escrito Pro Rege, decía del reino de Cristo que “No hay ni una pulgada de esta tierra de la que Jesucristo no pueda decir, eso es mío”. ¡Ni una pulgada! El es el Señor, es el Señor del mercado y de los campos, él es el Señor de la Universidad y es el Señor de las oficinas, del negocio, de la tecnología, Señor de todas las cosas.

La misión en servicio del reino es misión de **justicia**. “Buscad primero el reino de Dios y su justicia” (Mt 6:33); “Venga tu reino y hágase tu voluntad” en Honduras, en Nicaragua, en Guatemala. En su venida, Cristo juzgará con justicia (Ap 19:11), fiel a la antigua promesa de que el Mesías traería justicia y Shalom a las naciones (Is 11:3-9). Nuestra misión tiene que ser ministerio integral, con conciencia de justicia, con conciencia de los pobres, con conciencia del sufrimiento y con conciencia y sueños de Shalom. Eso es misión en servicio del reino.

Pero, por otro lado, el reino venidero significa también que ninguno de nuestros esfuerzos es el acabose, ni va a ser el reino de Dios sino un pálido reflejo de ese reino que Cristo trajo y traerá. No podemos absolutizar nuestros proyectos humanos históricos, porque el gran proyecto de Dios está por venir. Nuestra participación histórica tiene que estar en servicio de aquel reino que va a venir. La misión en servicio del reino nos require compromiso social sin caer en la idolatría de nuestros programas y proyectos, por muy buenos que sean. Nuestros logros de justicia siempre serán parciales y penúltimos. La esperanza del reino nos inspira a luchar pero a la vez nos enseña a guardar la debida “reserva escatológica” ante esa misma lucha.

Hay una frase de Karl Barth que debe ser una consigna de nuestra misión. “La esperanza”, decía Barth, “vive en la realización el próximo paso”. La esperanza tiene patas y camina, pero un paso a la vez. La esperanza vive al dar el proximo paso dentro del contexto

histórico. Hacemos ahora lo que podemos en aras del reino que ha de venir. Una misión ciega al reino, es una misión renca y torcida y, además, anti-bíblica.

6).Finalmente, debe ser una misión **contagiosa de esperanza**. Es una esperanza que nos inspira, no es un temor, y la misión no es terrorista sino esperanzadora. Somos el pueblo de la mayor esperanza que existe, una esperanza que supera todas las antítesis de la historia en la gran síntesis final de la venida de Cristo y su reino. Hoy día esto puede ser una parte primordial de nuestra tarea. Hoy día cuesta esperar; es fácil tirar la toalla y decir que ya no vale la pena luchar. Muchos dicen: “Luché mucho, me sacrificué mucho, y mira, no queda nada”. La década perdida de los ochenta, que se ha llamado el cementerio de las utopías y de los sueños, viene seguida por “la década peor” de los noventa. Los que no conocen a Cristo, que no conocen la resurrección, que no conocen el reino de Dios y la nueva creación, ¿cómo van a esperar hoy?. Parecerían locos. Pero nosotros queremos ser locos, locos de esperanza. Queremos esperar contra la esperanza, porque tenemos los ojos puestos en Alguien que venció a la muerte. Podemos llevar esa esperanza a gente que no tiene cómo esperar porque no tienen a Cristo.

Había una iglesia en Alemania durante la guerra nazi, que tenía en su bóveda un famoso mosaico de Cristo Rey. Desde hacía siglos la gente admiraba ese cuadro; les animaba, les inspiraba. Pero con los bombardeos de la guerra, para defender ese tesoro del arte tuvieron que cubrirlo con armazones y tablas, y no se veía nada. ¡Qué triste! Cristo era el Rey, pero la gente no lo veía. Más bien parecía todo lo contrario. Pero confiaban en el Cristo que estaba detrás de las barreras y las tablas. Y decían: “un día se volverá a ver que Cristo es el rey”. Cuando terminó la guerra esas tablas fueron removidas, y de nuevo se pudo ver al Cristo Rey. Nosotros también sabemos que Cristo es el Rey, es el Señor, y aunque a veces no se ve, no es menos cierto ni menos real. Y la venida de Cristo nos asegura que nuestros ojos van a ver la plenitud de su reino y vamos a participar con él en esa nueva realidad. ¡A su nombre gloria!

) El título en alemán significa “Lo eterno como futuro y presente” (2a edición 1973); se publicó en inglés con el título “Eternal Hope” (1954). El original alemán fue escrito para la consulta ecuménica de Evanston en 1954. Son importantes para nuestro tema los capítulos 9 (“La venida de Cristo como sentido de la historia”) y 14 (“La parusía, la venida del Hijo de Dios en majestad”).

) He corregido levemente la traducción de la última frase para darle mayor claridad.

) Los demás autores bíblicos suelen dar el plural, “con las nubes”, viéndolas más bien como un medio de transporte celestial (cf. Dn 7:13). Lucas parece dar a “la nube” un significado más teológico.

) 2 Tesalonicenses introduce el tema de la tribulación (el “hombre de pecado”) pero como tema nuevo, ante el prolongado malentendido de los tesalonicenses. Además, 2 Tesalonicenses 2:1-12 afirma categóricamente que “la venida de nuestro Señor Jesucristo” (2:1) no puede ocurrir sino hasta después del Anticristo y la gran tribulación (2:3),

) El sustantivo "rapto" no es bíblico; viene más bien de la vulgata latina. Pablo afirma que seremos llevados por la fuerza del Espíritu al encuentro con Cristo, pero ni este pasaje ni ningún otro trata el "rapto" como un tema independiente. “Seremos arrebatados” no es más que un pasajero verbo de transporte, hacia “nuestro encuentro con él”. Aunque muchos han visto en Mateo 24:38-41 y Juan 14:3 otras referencias al tema, de hecho no hablan de ser “alzados” y pueden interpretarse mejor sin referencia al arrebatoamiento.

Para los antiguos, “el aire” se extendía desde la tierra hasta la luna. Era el espacio donde estaban las nubes.

) NIV y RVR traducen mal la frase eis apantesin con un infinitivo verbal “para recibir al Señor” (4:17). El griego es un sustantivo, “al encuentro con el Señor” (cf 2 Tes 2:1). Curiosamente, la escatología tradicional cambia el verbo “ser arrebatado” en sustantivo (“el rapto”) y cambia el sustantivo “el encuentro” en verbo (“para recibir”). Ambos errores afectan el sentido del pasaje.

) En griego esta palabra se escribe parousía; es reconocido también como término castizo en español, escrito “parusía”.

) La versión de Lucas, escrita posiblemente después de 70 d.C., es mucho más explícita sobre el sitio y la destrucción de Jerusalén (21:20-24). Anuncia un período de control extranjero hasta “la plenitud del tiempo de los gentiles” (21:24), a lo que sigue la venida de Cristo (21:25ss). Escritores judíos describían la blasfemia de Antóco Epífanés como “la abominación de la desolación” (1Mac 1:54). Es obvio también que todas las exhortaciones de Mateo 24:16-20 se refieren a la destrucción de Jerusalén en 70 dC y no pueden de ninguna manera aplicarse al “rapto” ni la venida de Cristo.

) Es importante tomar siempre en cuenta la perspectiva de 1 Juan 2:18, de que ya para fines del primer siglo habían surgido muchos anticristos. Seguirán surgiendo agentes precursores

del Anticristo hasta el final, cuando el último anticristo será destruido en la venida del Señor (2 Ts 2:7-9).

) En Mateo y Marcos los fenómenos celestiales (Mt 24:29; Mr 13:24s) tampoco se llaman señales, aunque Lucas (en un enfoque distinto) habla de “señales” en el cielo (Lc 21.25).

) La única excepción en el resto del libro (cap.4-21) es Ap 16:15, “vengo como ladrón”.

) El texto griego coordina la “venida” de esa hora de prueba (3:10) con la pronta visitación de Jesús a los filadelfianos (3:11) por medio de la yuxtaposición del mismo verbo (erjomai) en las dos frases. El pasaje logra otro paralelismo parecido con la repetición del verbo “guardar” (tēreo, 3:8,10).

) El mismo verbo, tēreō, ocurre en Juan 17 con un juego de palabras similar a Apocalipsis 3:8-10. Los fieles han guardado la palabra (Jn 17:6) y Cristo pide al Padre guardarlos por el poder de su nombre (17:11) como él mismo, estando con ellos, los había guardado por su nombre (17:12). Ahora Cristo no pide que el Padre los saque del mundo (aires ek tou kosmou) sino que los guarde del mal (17:15, tēreō ek, igual que en Ap 3:10). En Juan 17:15 la misma frase verbal significa lo contrario de ser raptado.

En realidad, Apocalipsis 19 no describe una “venida” de Cristo del cielo; Juan simplemente dice que de repente vio un caballo blanco. Pero toda la escena presupone que Jesucristo ha vuelto a la tierra para la batalla final.

) Este pasaje fue uno de los que persuadieron a F.F. Bruce, el más destaco biblista evangélico de nuestro tiempo, a abandonar la doctrina del rapto pretribulacionista (19 : p.xxxviii).

Para un análisis similar, cf. Paul Erb 1968:73-186. Erb señala ocho propósitos bíblicos del retorno de Cristo. Debemos notar aquí otra vez que ningún pasaje bíblico (incluido 1 Ts 4) propone como propósito del retorno de Cristo el sacar a los creyentes antes de la gran tribulación.

) Véase Stam 1992:19-44.